

SÁLVATE TÚ MISMO



Sobre este relato

Este relato forma parte del libro *Target Storybook* y es la última contribución de Terrance Dicks a Doctor Who debido a que falleció en agosto de 2019. Publicamos esta historia como un homenaje cuando se cumple un año de su muerte.

Organización y maquetación

Organizado en Trello y maquetado por Scnyc.

Traducción

Traducido por yog_sog.

Corrección

Corregido por Duvid.

Declaratoria

AudioWho es una iniciativa sin ánimo de lucro dedicada a traducir audios, libros y cómics cuyos miembros whovianos y whovianas sacrifican su tiempo para que todos los hispano-parlantes puedan disfrutar del universo extendido de Doctor Who sin la barrera idiomática del inglés.

Toda la acreditación de este trabajo es para los creadores del contenido que nos ha llegado en inglés, la BBC y las empresas y autores que se encargan de crear el material. Esta comunidad respeta sus derechos de autor ya que no se lucra con sus trabajos. Doctor Who es una marca registrada perteneciente a la BBC

Todas nuestras traducciones puedes descargarla gratuitamente en nuestra web. AudioWho se mantiene gracias a sus dueños, por lo que no hay publicidad, no recibe donaciones y no se obtiene ningún beneficio con esta web y sus traducciones.

Estos trabajos pueden compartirse en webs o foros siempre que se respeten las acreditaciones de esta web, sus traductores y demás colaboradores.

Prohibida la venta o cualquier tipo de actividad con fines lucrativos de estos trabajos.

Esperamos que todas estas obras nos lleguen en español algún día de forma oficial.

Más novelas, cómics y transcripciones de audios en <http://audiowho.com/>



Sálvate tú mismo

Terrance Dicks

El Doctor estaba sentado en una lujosa antesala en el corazón del Capitolio, el edificio rector de los Señores del Tiempo. Estaba esperando saber si viviría o moriría. Había sido condenado a muerte por Interferencia en el Tiempo por el Alto Consejo de acuerdo con las estrictas disposiciones de la ley de los Señores del Tiempo. Después, un visitante de la misteriosa Agencia de Intervención Celestial le había contado una posible salida. Al parecer, el Consejo todavía estaba indeciso.

El Doctor se sentía cansado, como si llevara esperando aquí toda la vida.

Un guardia apareció en la puerta.

—Venga, Doctor, están listos para usted.

El Doctor fue llevado por un pasillo hacia una habitación más grande. Se quedó mirando con curiosidad a su alrededor. Estaba en una pequeña sala de audiencias con un círculo de bancos que rodeaban la silla del Lord Canciller. Señores del Tiempo con elaboradas túnicas ocupaban los asientos.

—Bueno, Doctor —dijo el Lord Canciller—, ¿qué será, exilio o muerte?

—El exilio te vendría mejor —dijo el Doctor—. Si fuera ejecutado habría un terrible escándalo. Una desaparición en el exilio te daría una mejor oportunidad de silenciar todo el asunto.

—También tendría la opción de preservar tu vida —dijo el Lord Canciller.

—Un argumento formidable —acordó el Doctor—. ¿Qué quieres que haga?

—Se trata de una misión —dijo el Lord Canciller—. Varias misiones de hecho. Hemos notado, Doctor, que si bien tu interferencia a veces ha sido contraria a nuestros intereses, en otras ocasiones nos ha ayudado. Tenemos una serie de misiones en las que, bajo nuestra guía y supervisión, puedes trabajar para nosotros.

¡*Oh, qué bien!* pensó el Doctor. Pero no dijo nada.

Formaban una pareja incongruente. El Alto Canciller se erguía alto y majestuoso con sus túnicas sueltas. Los pantalones a cuadros del Doctor eran más que un poco holgados. Su desgastado abrigo negro había visto días mejores, y su camisa definitivamente estaba marchita. Su rostro suavemente cómico estaba coronado por una mata de cabello negro.

—Ahora lo primero —dijo el Lord Canciller—. Hay un planeta poco atractivo llamado Karn en el que nos hemos interesado.

—En el que habéis tomado un interés considerable —dijo el Doctor—. Karn es el hogar de la Llama Sagrada, que crea el Elixir de la Vida. Muchos Señores del Tiempo habrían muerto sin su efecto restaurador.

—Es algo sobre lo que preferimos mantener silencio —dijo el Lord Canciller—. Hemos recibido noticias de que Karn ha sido ocupado por una fuerza hostil.

—¿Cómo recibisteis la noticia? —dijo el Doctor.

El Lord Canciller hizo una pausa.

—Estoy seguro de que sabes que Karn es el hogar de la Hermandad, un culto semi-sobrenatural. Personalmente, creo que sus procedimientos son poco más que charlatanería mística. Sin embargo, parece tener ocasionales vislumbres erráticos sobre el futuro. Recientemente, uno de nuestros telépatas recibió un mensaje con las noticias que te he contado, insistiendo en que era de vital importancia para la raza de los Señores del Tiempo. Si esto es cierto o no, simplemente no lo sabemos.

—Y quieres que vaya y lo averigüe —dijo el Doctor.

—Podemos proporcionarte tu TARDIS y cualquier cosa que necesites.

—¿Por qué no enviar una fuerza propia? —preguntó el Doctor.

—Se extenderían escándalos, publicidad e interés por toda la galaxia —dijo el Lord Canciller—. Ve y averigua la verdad para nosotros, Doctor, y sabremos la mejor manera de actuar.

—Tengo algunas condiciones personales —dijo el Doctor.

—No estás en condiciones de negociar.

—Yo creo que sí. Tienes un gran deseo de que haga esta misión. Algo me dice que no puedes encontrar a nadie más preparado para hacerla.

—Bueno —dijo el Lord Canciller—, ¿cuáles son tus condiciones?

—La sentencia de muerte debe ser anulada. Doble peligro. (Esto significaba que la sentencia nunca podría volver a imponerse). El número de misiones debe ser estrictamente limitado y el número preciso alcanzado por acuerdo previo.

—Por supuesto, Doctor. Estrictamente limitado —El Alto Canciller parecía divertirse, como si fuera una broma privada—. ¿Qué más? Debes tener más demandas.

—Trataré de pensar en algunas cuando tenga tiempo.

El Canciller se volvió hacia un guardia.

—Llévelo a su TARDIS.

El Doctor fue llevado a lo largo de infinitos pasillos a una pequeña habitación en blanco que contenía la familiar cabina azul de la TARDIS. El guardia lo hizo pasar adentro. El Doctor sintió una oleada de bienvenida mientras merodeaba por la sala de control. Y sin embargo, algo parecía diferente. La consola parecía un poco más maltratada, como si hubiera pasado por mucho desde que la dejó para ir a juicio.

—Han hecho algunas modificaciones —dijo el guardia.

El Doctor miró un banco de instrumentos.

—Ya veo que agregasteis una unidad de control remoto Stattenheim. ¿Doble control?

—Tu TARDIS te llevará a Karn y, a su debido tiempo, te traerá de vuelta aquí, pero eso es todo —Saludó y salió de la sala de control.

El Doctor se quedó parado por un instante, sus manos descansando suavemente sobre la consola central.

—Te encadené, ¿verdad, vieja amiga? No importa, seremos libres nuevamente algún día.

Sus manos se movieron sobre los controles y la columna central comenzó a subir y bajar.

El viaje no fue largo. La columna central disminuyó la velocidad y el Doctor escuchó el familiar ruido de aterrizaje de la TARDIS. Encendió el escáner.

Estaba mirando hacia un valle escarpado al final del cual había un castillo. Había muchos de esos castillos en Karn. Como la mayoría de ellos, estaba medio en ruinas. Los karnianos, que una vez fueron una civilización de alta tecnología, se habían destruido en guerras internas hace muchos años.

—Bueno, supongo que tengo que averiguar de qué estaban tratando de advertirnos las Hermanas.

El Doctor dejó la TARDIS y se quedó temblando un poco con los vientos sombríos. Estaba parado en una llanura desolada y rocosa envuelta en la penumbra dominante de Karn. De repente, recordó su abrigo de piel. Estaba a punto de volver adentro y buscarlo cuando una voz profunda retumbó:

—¡Quieto! No te muevas o te dispararemos.

El Doctor levantó la vista y vio a un pequeño grupo de guardias vestidos de negro con rifles espaciales apuntándole.

—Está bien —suspiró—. Me quedaré quieto.

Los guardias salieron por el camino hacia él. Pronto fue rodeado. Uno de los guardias dio un paso adelante. Era un gran hombre de aspecto rudo con mandíbula cuadrada, evidentemente el Capitán de la Guardia. Fulminó con la mirada al Doctor.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Mi nave, esa cabina azul que ves justo detrás de mí, se estrelló aquí abajo —Juntó las manos y levantó la vista con sinceridad—. Iba a pedir ayuda a las personas que viven en ese castillo para poder repararla.

Los guardias consultaron por un momento.

—¿Disparamos? —sugirió uno de ellos.

El Capitán de la Guardia dijo:

—No. *Él* dijo que cualquiera que llegara aquí debía ser interrogado.

El Doctor notó que "Él" fue pronunciado con asombro y reverencia.

—¿Quién es ese *él*? —preguntó al Capitán de la Guardia.

—Nuestro líder. Él nos llevará a la gloria y la conquista. No más preguntas. Ven.

Partieron en una larga y agotadora marcha a través del terreno rocoso. El ritmo era despiadado. Por fin, la irregular estructura negra del castillo se cernía sobre ellos.

Marcharon hacia la puerta principal. El Capitán de la Guardia intercambió una rápida palabra con los centinelas y fueron admitidos en un pasillo de piedra de techo alto.

El Doctor miró a su alrededor con curiosidad. Notó dos cosas sobre el castillo. En primer lugar, que alguien se había esforzado mucho en destruirlo. Había columnas rotas y grandes trozos de mampostería caídos de paredes y techos. Desde entonces, alguien, presumiblemente *otra persona*, había trabajado muy duro para restaurarlo. Las superficies lisas habían sido lijadas y pulidas; y los escombros cuidadosamente apilados en las esquinas.

El corredor terminaba en un arco de piedra elaboradamente tallado. Más allá del arco estaba la sala del trono. Al igual que el resto del castillo, estaba maltratado pero restaurado. Un trono estaba a la cabeza de un tramo de escalones. Había guardias dispuestos por la habitación.

El Doctor se volvió hacia el capitán de la guardia.

—¿Ahora qué?

—Esperamos hasta que Él esté listo para nosotros.

El Doctor miró alrededor de la sala del trono. Los guardias que estaban allí, como el Capitán de la Guardia y sus hombres, parecían de alguna manera similares. Hombres altos con pieles morenas, narices delgadas, barbas espesas y bigotes.

—Sois trastevarianos, ¿no es así?

—Sí —dijo el Capitán de la Guardia con orgullo—. Una raza de guerreros.

—Una raza singularmente belicosa y destructiva —dijo el Doctor—. Pensé que habíais sido aniquilados, conducido a las franjas remotas de la galaxia.

—Así estábamos. Pero ahora que Él ha venido para guiarnos, volveremos. Nos ha prometido nuevos planetas para conquistar.

Hubo una fanfarria repentina y todos los ojos se volvieron hacia la puerta detrás del trono. Se abrió y apareció un hombre, no particularmente alto, pero delgado y fibroso. Llevaba un jubón de terciopelo negro tachonado de joyas.

—¡Traedlo! —bramó.

Los guardias agarraron al Doctor y lo arrastraron al pie del trono. Levantó la vista hacia la figura maravillosamente vestida de negro, a los ojos detrás de las gafas redondas y de cristal grueso.

—Tú —jadeó el Doctor.

Era el Señor de la Guerra.

—Bienvenido, Doctor —dijo—. Sabía que los Señores del Tiempo enviarían un agente para investigar a tiempo. Esperaba que fueras tú. ¡Ahora, arrodíllate!

—¿Ante ti? —dijo el Doctor—. ¡Jamás!

El Señor de la Guerra se volvió hacia los guardias.

—¡Que se arrodille!

Los guardias agarraron al Doctor por los hombros e intentaron obligarlo a ponerse de rodillas. No tuvieron éxito. El Doctor cuadró los hombros y apretó los músculos; y todo su cuerpo se volvió como una roca. Jadeando y con la cara roja, los guardias renunciaron a sus esfuerzos.

—Es más fuerte de lo que parece, señor —jadeó uno de ellos.

—Mente sobre materia —dijo el Doctor—. O, más exactamente, yo tengo una mente y tú no importas.

—Dejadle ponerse de pie, entonces —dijo el Señor de la Guerra, su furia se mostraba solo en sus ojos—. ¿Cómo puedes hacer eso?

—La meditación venusiana le otorga al alma iluminada el control muscular más preciso —El Doctor se enderezó—. Una pregunta mucho más interesante es cómo y por qué estás aquí. Pensé que había sido testigo de tu ejecución. ¡Disolución temporal nada menos!

—Los más elevados de mi raza, Doctor, han robado tecnología de todos los poderes superiores del universo. Han seguido el ritmo de la tecnología de los Señores del Tiempo y, en algunos casos, la han superado. Cuando mis átomos se disolvieron en el espacio, mis superiores los recuperaron y me volvieron a montar; y como ves, como nuevo.

—Eso soluciona el “cómo” —dijo el Doctor—. Ahora el “por qué”.

—Tengo varios propósitos, Doctor. El primero, matarte por arruinar mi espléndido plan.

—Era el plan de un cerebro medio crispado a medio montar. Ya estaba colapsando por su propio peso —El Doctor sonrió encantadoramente—. Yo solo añadí un poco más de presión.

—Reviviré el esquema, en menor escala al principio. Mi guardia de reserva de trastevarianos atacará varios planetas ricos y reclutarán más ejércitos. Una vez que tengamos suficientes fuerzas, destruiremos esa Tierra a la que eres tan aficionado. Su población será carne de cañón en las grandes conquistas que están por venir. Y aquellos que no luchen serán nuestros esclavos, manteniendo un depósito de suministros galácticos para nuestras guerras en todo el cosmos.

—Entiendo —dijo el Doctor enojado—. Lo que buscabas hacer con sigilo, ahora pretendes hacerlo de manera descarada. Pero los Señores del Tiempo te detuvieron una vez. No puedes ser tan tonto como para creer que no volverán a detenerte.

—De hecho no lo soy —dijo el Señor de la Guerra, sentándose en el gran trono—. Por eso destruiré a los Señores del Tiempo. Ya sabes lo que hay en este planeta, Doctor. El Fuego Sagrado que crea la Fuente de la Vida de la que dependen los Señores del Tiempo para su inmortalidad de múltiples vidas.

—¿Depender? ¡Tonterías! —replicó el Doctor—. Ayuda en raras ocasiones, eso es todo.

—La vida de mi propio Jefe de Guerra fue salvada —dijo el Señor de la Guerra—. Cuando lo encontré por primera vez en una cárcel de Trastevarian, estaba tan cerca de la muerte que se regeneró. Dijo que el elixir era vital para el proceso de regeneración.

—¡Quizás solo dijo eso para que no lo considerases débil! —respondió el Doctor.

—¿Por qué debería creerte? —El Señor de la Guerra sacó una esfera negra brillante del bolsillo de su túnica—. Este es el explosivo más poderoso de mi gente. Destruirá la Fuente y con eso desaparecido, los Señores del Tiempo se extinguirán.

—¡Estás trastornado! —gritó el Doctor.

El elixir podría no ser vital, pero aun así había salvado innumerables vidas tanto en Gallifrey como más allá. ¡No es de extrañar que el grito telepático hubiera aumentado cuando la Hermandad sintió el peligro en el que se encontraban! No podía dejar que el Señor de la Guerra destruyera algo tan precioso.

—Trastornado, ¿tú crees? Apenas puedes detenerme —dijo el Señor de la Guerra, señalando a sus guardias para que capturaran al Doctor—. Si no te arrodillas, mis hombres te arrancarán las piernas. Quizá te regenerarás, pero no habrá elixir para ayudarte...

Fue interrumpido por un extraño silbido y gemidos. Una cabina azul se materializó de la nada al lado del Doctor. El Señor de la Guerra se puso de pie de un salto.

—¡Señores del Tiempo! —gritó—. ¿Entonces llamaste a los ejércitos de los Señores del Tiempo? Demasiado tarde, Doctor.

Saltando del trono, el Señor de la Guerra corrió hacia una alcoba con cortinas y arrancó la cortina. En la alcoba había una columna negra lisa con una parte superior abovedada. Él desapareció por dentro. La columna negra se desvaneció con un rugido y un chirrido.

El Doctor también estaba de pie. Corrió hacia su TARDIS y abrió la puerta con su llave. La puerta se abrió para revelar una sala de control vacía. Se volvió para mirar al capitán de la guardia.

—No hay ejército de los Señores del Tiempo —dijo el Doctor—. Solo yo. ¡Estoy bastante contento de que los Señores del Tiempo me dieran una unidad de control remoto! Vuestro Señor de la Guerra se ha ido. Él os ha abandonado. Ahora yo estoy a cargo. Obedeceréis mis órdenes.

El capitán de la guardia lo miró con inquietud.

—¿Me escuchas? —gruñó el Doctor—. Pronto los Señores del Tiempo estarán aquí. Obedeced y no sufriréis ningún daño.

El capitán de la guardia llamó la atención y saludó.

—¡Señor! —Se volvió hacia los otros guardias—. Hay nuevas órdenes. Deben ser estrictamente obedecidas.

En una sociedad autoritaria, pensó el Doctor, las personas obedecen la voz de la autoridad. Entró en la TARDIS. La puerta se cerró tras él y la cabina se desvaneció con el mismo silbido con el que había llegado.

Dentro de la TARDIS, el Doctor acarició la consola de control.

—¡Bien hecho, vieja chica! Date prisa ahora. No hay tiempo... solo un corto viaje por el espacio —Levantó la mirada hacia arriba—. ¿Estoy seguro de que los Señores del Tiempo pueden guiarte a donde necesites ir?

La columna central ya se estaba desacelerando en su ascenso y caída. Cuando aterrizó la TARDIS, el Doctor revisó el escáner pero todo estaba oscuro. Abrió las puertas y salió. Estaba en una caverna baja en el corazón de las montañas. El aire humeante crepitaba con calor. En el centro de la caverna, un muro bajo rodeaba un pozo de fuego. Al lado estaba el Señor de la Guerra, con la esfera negra en la mano. Estaba arengando a un pequeño grupo de mujeres vestidas de negro y encapuchadas, el Consejo Interior de la Hermandad.

—Aquí está el final de tu precioso Elixir de la Vida. Este dispositivo hará explotar el fuego central en fragmentos. Los minerales no se derretirán en agua, e incluso la Fuente misma no fluirá más.

—¿Eso crees? —El Doctor dio un paso adelante—. Bueno, pronto lo veremos, ¿no?

Al ver al Doctor, el Señor de la Guerra se retiró.

—Atrás —advirtió.

—Alejaos —dijo el Doctor a las Hermanas del Consejo Interior—. Iros ya. ¡Buscad ayuda!

—¿Ayuda, Doctor? —El señor de la Guerra se echó a reír con los ojos muy abiertos. Parecía casi desquiciado—. Nada puede ayudarte ya.

—Entonces déjame ayudarte —dijo el Doctor—. Ser destruido átomo por átomo y luego ensamblado de nuevo... eso enloquecería a cualquiera.

—Si estuviera loco, te aconsejaría que te rindieras —Levantó la esfera negra—. Sabes que tengo la intención de usar esto.

—Apaga ese dispositivo de ahí y nos destruirás a los dos —respondió el Doctor con calma, continuando su lento avance.

De repente, se precipitó hacia adelante y se lanzó hacia la esfera negra. El Señor de la Guerra intentó esquivarle pero tropezó con una roca. La esfera negra se deslizó de su mano.

—¡Oh, caramba! —El Doctor se lanzó bajo la esfera y apenas la atrapó, apretándola contra su pecho.

Con un gruñido, el Señor de la Guerra volvió a ponerse de pie. El Doctor dejó la esfera y se centró en él. Se enfrentaron furiosamente. El Señor de la Guerra, como el Doctor, era mucho más fuerte de lo que parecía. Pero ninguno estaba acostumbrado al combate cuerpo a cuerpo. El Doctor volvió a tensar sus músculos, permitiendo que el Señor de la Guerra desperdiciara una energía valiosa tratando de abatirle. Pero fue un error. El Señor de la Guerra se apartó de él, corrió y agarró la esfera negra del suelo. Luego saltó a la pared baja que rodeaba el pozo.

—¡No! ¡No debes! —El Doctor cruzó la habitación y trepó a la pared cerca del Señor de la Guerra. Se enfrentaron y luego volvieron a luchar.

Fue una lucha breve y furiosa. El pie del Doctor resbaló y cayó hacia atrás, lejos del fuego. Mientras lo hacía, golpeó las piernas del Señor de la Guerra debajo de él. Con un grito, el Señor de la Guerra se derrumbó y luego se sumergió en el hoyo de fuego. Todavía agarrado, el Doctor se percató

desesperadamente de la esfera negra. Las Guerreras de la Hermandad, armadas con lanzas, se apresuraron hacia la cueva humeante.

—¡Abajo! —gritó el Doctor, alejándose del pozo—. ¡Agachaos, digo!

Hubo un repentino rugido atronador desde atrás y la cueva se llenó de humo negro. El rugido se desvaneció gradualmente y el humo se disipó. Con cautela, el Doctor se volvió para mirar detrás de él. Todavía salía humo negro del pozo. Extendió la mano y pronto se cubrió de fino polvo negro. La quitó.

—Bien. ¡No creo que “los más elevados de vuestra raza” reconstruyan eso en otro Señor de la Guerra! —dijo con satisfacción.

Una de las Hermanas gritó hacia arriba con voz aguda:

—¿Cómo se encuentra la Fuente?

El Doctor esperó tenso. El humo en el aire fue de alguna manera separado por una fuerza telequinética. El viento sobrenatural silbó en el pozo. El sonido de un goteo magnificado, *plic, plic, plic*, llenaba la caverna como un latido acuoso. Entonces el ruido se desvaneció y el viento paró.

Una voz respondió:

—La Fuente fluye.

Todo ha salido bien, pensó el Doctor. El Fuego de la Vida había absorbido tanto al Señor de la Guerra como a su dispositivo. Se dirigió a las temblorosas Hermanas.

—Quedaos aquí y esperad. Los Señores del Tiempo vendrán y os ayudarán. Guardad la Llama.

Luego se apresuró a regresar a la TARDIS.

En la Cámara del Consejo, el Alto Canciller se sentó preocupado en su silla. ¿Qué había dicho un poeta de la Tierra? “Inquieta vive la cabeza que lleva la corona”¹. Sabía que el Doctor era un agente poco confiable y, sin embargo, esa imprevisibilidad era a menudo la fuente de su éxito. ¿Por cuánto tiempo podría esperar aprovecharlo? El silbido y el gemido de la TARDIS del Doctor lo

1 Enrique IV, Segunda parte, Acto III, Escena I.

interrumpieron. El Doctor salió y se arrojó a un banco. Él y el Alto Canciller se estudiaron por un momento.

—*Déjà vu* —dijo el Doctor de repente—. Tengo la curiosa sensación de haber estado aquí antes...

—Nos reunimos aquí, Doctor —dijo el Alto Canciller.

—No es eso lo que quiero decir —El Doctor estaba mirando con desconfianza.

—Supongo que tuviste éxito.

El Doctor hizo un breve relato de su aventura.

—La Llama Sagrada y la Fuente de la Vida están a salvo, y el Señor de la Guerra se ha ido para siempre.

—Esperemos que sí —El Alto Canciller suspiró y se recostó en su silla—. Los superiores del Señor de la Guerra todavía están en libertad. La idea de que su tecnología puede superar a la nuestra me preocupa profundamente.

—Bueno, eso es de tu incumbencia. El mío es el final feliz que me acabo de ganar —El Doctor sonrió ampliamente—. Donde me bañas con agradecimientos y recompensas y me devuelves mi TARDIS y mi libertad —Hizo una pausa y luego dijo en voz baja—. Pero no vas a hacer eso, ¿verdad?

El alto canciller sonrió.

—Todavía no, Doctor. Bueno, en cuanto a tu próxima misión...

El Doctor se levantó de un salto.

—¡Acordamos que solo habría un número limitado!

—Es cierto, lo hicimos, Doctor. Hemos acordado eso muchas veces —La sonrisa del Alto Canciller era casi de arrepentimiento—. Y cada vez que te sientas en la sala de espera, se borran de tu memoria todas las misiones que ya has llevado a cabo.

La cara del Doctor se había vuelto grave.

—¿*Todas* las misiones?

—Cada una es la primera —dijo el Alto Canciller—. Para que cada vez que actúes por nosotros con toda la fuerza, esperanza y vigor de un hombre luchando por su vida y libertad, creas que el éxito traerá la derogación de tu sentencia.

—¿Quieres decir que me estás usando una y otra vez, que ni siquiera me doy cuenta? —El Doctor estaba enrojecido por la ira, saltando de un pie a otro—. ¿Salvándoos una y otra vez?

—Somos Señores del Tiempo, Doctor —dijo el Alto Canciller.

Sacó un dispositivo de su capa y presionó un botón.

El Doctor se sentó en una lujosa antesala en el corazón del Capitolio, el edificio rector de los Señores del Tiempo. Estaba esperando saber si viviría o moriría. Había sido condenado a muerte por Interferencia en el Tiempo por el Alto Consejo de acuerdo con las estrictas disposiciones de la ley del Señor del Tiempo. Luego, un visitante de la misteriosa Agencia de Intervención Celestial le había contado una posible salida. Al parecer, el Consejo todavía estaba indeciso.

El Doctor se sentía cansado, como si hubiera estado esperando aquí toda la vida. Un guardia apareció en la puerta.

—Venga, Doctor —dijo—. Están listos para usted.